

VARGAS VILA, DEL MITO Y LA LEYENDA A LA FICCIÓN NARRATIVA

POR

CONSUELO TRIVIÑO ANZOLA

Escritora colombiana residente en Madrid

José María Vargas Vila (1860-1933) fue en su época el escritor más leído en lengua española, pero también el más repudiado. Aclamado por un público emocionado con sus panfletos y novelas eróticas; prohibido por el clero; menospreciado por críticos literarios y gramáticos que desde la oficialidad intentaron desprestigiarlo. El éxito de su obra, tanto en España como en Latinoamérica, coincide con el afianzamiento de la estética modernista, que empujó hacia Europa a un grupo de escritores tras las huellas de Rubén Darío (1867-1916). Este hecho sin precedentes alcanzó una dimensión transatlántica gracias al desarrollo de la industria editorial española, que posibilitó la circulación de libros e ideas y familiarizó al público español con las realidades americanas, permitiendo, además, un diálogo entre la intelectualidad de las dos orillas.

Liberal radical, rabioso anticlerical, escandalosamente misógino, Vargas Vila se propuso sacar de quicio a los tiranos, animalizándolos en sus panfletos y denunciando su “servilismo” ante el yanqui, provocando a clérigos, políticos, críticos y gramáticos, con una literatura erótica que proyectaba los fantasmas de una cultura oprimida y opresora: el machismo, la misoginia, el despotismo, el resentimiento y la culpa. Su nombre ya no ocupa un lugar en la memoria colectiva española, no así en Latinoamérica donde todavía se le recuerda, aunque siga siendo el gran desconocido de la literatura, pues se trata de un autor más evocado que leído. Éste es un hecho que despierta gran curiosidad entre quienes se adentran en el Modernismo y descubren que Vargas Vila fue el autor de mayor éxito editorial dentro de ese movimiento.

Desterrado de su patria, cuyo suelo prácticamente no volvió a pisar desde 1887, cuando huyó por motivos políticos, residió la mayor parte de su vida en España –con estancias en París y Roma–. Dispersos sus libros en los mercadillos, en las ferias del libro antiguo en España y en ciudades como Madrid o Barcelona, sus títulos aún llaman la atención del lector desprevenido. Sin embargo, los críticos y profesores que se ocupan de este periodo de las letras españolas, designado por José Carlos Mainer como la “Edad de Plata”, no mencionan su obra al tratarse, en este caso, de un autor que no es español. Mainer es uno de los pocos que refiere el éxito editorial de nuestro panfletario

(271), un fenómeno comparable al alcanzado años más tarde por su compatriota Gabriel García Márquez. En España a Vargas Vila más bien se le relaciona con la literatura por entregas, que vio la luz en colecciones como “La Novela Corta” o “La Novela Semanal”. De gran acogida entre las clases populares, tales publicaciones captaron la atención de un público diverso que incursionaba en la lectura en ese periodo. Las colecciones incluyen escritores de todas las tendencias, desde Pompeyo Gener (1848-1920, positivista heterodoxo), Emilia Pardo Bazán (1851-1921, católica y feminista), Felipe Trigo (1864-1916, socialista), Ramón del Valle Inclán (1866-1936, monárquico aristocratizante), hasta Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928, republicano).

¿Quiénes leían a Vargas Vila en España? Los anarquistas, defensores de una “estética ácrata”; liberales y republicanos que despotricaban contra el clero corrupto; los obreros de tendencias socialistas que se incorporaban a los círculos de lectura y algunas lectoras que desobedecían los mandatos de la Iglesia. Entre los escritores, Gener, Valle Inclán, Manuel Machado (1874-1947) y Francisco Villaespesa (1877-1936) compartían su estética o sus ideas políticas, de lo que dejaron constancia. Mientras que para Gener Vargas Vila fue un “pensador franco leal y sincero” (27), para Manuel Machado su verbo sería luz en “la espantosa tiniebla” (179), tal y como se lee en las opiniones sobre Vargas Vila que éste incluye en la edición de *La demencia de Job* (1916).

En Latinoamérica, los panfletos de Vargas Vila eran repetidos hasta el delirio por diversos grupos: obreros y campesinos liberales que además eran perseguidos por los gobiernos conservadores; por enardecidos antiimperialistas que denunciaban las incursiones del yanqui en América Latina y por la juventud rebelde que se identificaba con sus sentencias “ácratas”. En Cuba, se dice, los trabajadores de las fábricas de tabaco lo tenían entre sus lecturas preferidas.¹ Impresionaba el erotismo retorcido que destilaban sus novelas, cuyo desarrollo proponía la destrucción de la mujer, para combatir las manifestaciones del instinto y fortalecer la viril “voluntad de poder”, como ocurre en *Ibis*, donde el maestro advierte al discípulo sobre el peligro que representa encadenarse a una mujer, o en la trilogía *El alma de los lirios*, donde el protagonista es un artista que se dispersa en sus conquistas amorosas, las cuales conspiran contra su obra.

¿Se trataba de matar el elemento femenino en el hombre? Es posible. Acaso esto explique la ferocidad con la que su discurso se lanza contra las mujeres. También se dice que desató “una ola de suicidios” entre los lectores, especialmente con su novela *Ibis*, publicada en Roma en 1900, en una edición pagada por el autor. Vargas Vila presumía de estos incidentes, de su malditismo, que alimentaba en una muy proclamada soledad. Hierático se mostraba ante el público, como un dios vengador, respondiendo

¹ Una de las actividades de las fábricas de tabaco era la lectura en voz alta para todos los torcedores mientras éstos llevaban a cabo su tarea. Este ejercicio influyó sin duda en el desarrollo de la conciencia política en este colectivo, que fue decisivo para la independencia de Cuba.

a la prensa con afirmaciones temerarias contra las celebridades de su tiempo. Vargas Vila era lapidario porque era consciente de su éxito en términos económicos: 60.000 pesetas al año por concepto de regalías, que según la leyenda se gastaba en chalecos de fantasía (Ugarte 186).

Pese a que las novelas de Vargas Vila proponían la destrucción de la mujer, no pocas lo admiraban, como la célebre Gabriela Mistral (1889-1957), por ejemplo (Mistral 131). También es verdad que obras como *Flor de fango* (1895) denuncian el asedio que sufren las mujeres en la sociedad, cuando no tienen el apoyo de una familia o de un hombre que vele por ellas. Por otro lado, el alegato contra la intolerancia religiosa, padecido en su patria, adopta la forma de una mujer asediada y apedreada por la turba fanática, lo que da pie a muchas interpretaciones del ethos americano, esa flor de fango que se rebela contra la adversidad. El hecho es que el siglo XIX era paradójicamente misógino, pues mientras que en la sociedad las temidas reivindicaciones feministas eran sofocadas, cuando no ridiculizadas, en el arte triunfaba la sensibilidad femenina de la que se apropiaban los artistas que aspiraban a los más altos ideales estéticos y que Vargas Vila compartía. Autores como Alejandro Sawa y Ramón del Valle Inclán, afines a la estética modernista, manifestaban en sus novelas el deseo de sentir y vivir como las cortesanas. El dandi que adelgaza su voz y adopta las actitudes de una mujer frívola, muestra de qué manera lo femenino transforma la sensibilidad masculina en una época influida por Oscar Wilde y por Joris-Karl Huysmans, quienes resumían el ideal estético de Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo y Pedro César Dominici, entre otros.

Por todo lo anterior, acercarse a la obra de Vargas Vila puede ser una tarea fascinante, pero en Colombia, la denostada patria, su nombre todavía es incómodo. ¿Qué hacer con él? Es la pregunta más corriente. Descalificarlo, como acostumbraba la crítica oficial y académica, ya no tiene sentido; sugerir que es de muy mal gusto leerlo, es absurdo, además de inoperante. Puede que no nos sirva de referente para analizar la realidad de su tiempo con el rigor del sociólogo o del científico, pero los hechos que padeció, como la derrota de los radicales y su persecución, fueron vividos por él y su testimonio hace parte de una memoria sin la cual no se completaría el rompecabezas de la historia.

Más allá de la validez de algunos de sus textos, lo verdaderamente significativo es el fenómeno social, el mito de Vargas Vila en el imaginario latinoamericano, desde México hasta Argentina, que exige ser tenido en cuenta. Razonable sería estudiarlo sin prejuicios estéticos, buceando en su extensa obra, rescatando para nuestra literatura páginas memorables como *Huerto agnóstico* (1911), *Sombras de águilas* (1916?) o *En las cimas* (1916), por nombrar unas pocas. Por suerte, en algunas universidades, en los últimos años, especialmente en los Estados Unidos, se ha emprendido la tarea de reinterpretarlo, abordando incluso sus novelas desde una perspectiva simbólica, ideológica, política e histórica, ahondando en el imaginario latinoamericano, leyendo entre líneas los padecimientos de su alma atormentada.

Pero, sin lugar a dudas, el escándalo es la palabra clave a la hora de resumir su vida, eso fue lo que vendieron las editoriales que lo promocionaron. Otro factor no menos importante, que contribuyó a su éxito, fue la piratería que llevó sus libros hasta los lugares más remotos del continente. Este temprano éxito de difusión clandestina llama la atención pues en ese entonces el *marketing* no había llegado tan lejos como ahora. En todo caso, se constata que lo más eficaz para dar a conocer una obra es el boca a boca y que lo decisivo no es vender libros sino que se lean, y sobre todo, que se hable de ellos. Esto lo consiguen muy pocos autores y uno de ellos fue Vargas Vila. En ese resultado influyó, sin duda, la clandestinidad de su lectura, que alimentó la leyenda de su malditismo y convirtió en pecaminoso el acto de leer un libro suyo, acto que era de iniciación sexual y de recóndita protesta, por la represión que padecía el lector por parte de la familia, las instituciones educativas y la Iglesia que se imponían, pero no impedían el desatado discurrir de la imaginación, aunque esa intimidad del sujeto fuera asediada por los curas en los confesionarios. Gracias a los rumores, allende los mares viajaban las ediciones francesas de Bouret y las españolas de Maucci y Sopena.² Esta última emprendió la edición de sus Obras Completas en 1918 (cerca de sesenta volúmenes entre novelas, libros de política, de crítica literaria, de filosofía —o de sofismas).

Como Sopena, setenta años después, Panamericana Editorial de Colombia, bajo la dirección de Juan Carlos González Espitia, que se ha convertido en un apasionado de Vargas Vila, inició hace tres lustros un proyecto de reedición de sus obras, que se editaron primorosamente. Pero el éxito de ventas no fue el esperado: los tiempos cambian, aunque el mito sobrevive. Prueba de ello es que no hace mucho, un carpintero ecuatoriano que realizaba una obra en mi casa de Madrid, se sorprendió al encontrar en mi biblioteca libros de Vargas Vila. Las historias que me contó del autor son las mismas que escuché a los mayores, las de su travestismo y odio a las mujeres. El hombre había leído *Aura o las violetas*, lectura que suspendió debido a que un cura, según me dijo, condenaba esa actividad. Y como dato simpático, que a lo mejor no viene al caso, le pagué regalándole un libro de Vargas Vila, porque él mismo me sugirió ese intercambio.

Por todo esto, el nombre de Vargas Vila surgió cuando llegué a Madrid en 1983 y me enfrenté al reto de presentar un proyecto de tesis doctoral. De él solo había leído las novelas *Aura o las violetas* (1888) y *Flor de fango* y el célebre panfleto *Ante los bárbaros* (1917), libros marginales que no pertenecían al canon de nuestra literatura. Pero me llamaba la atención la eterna reivindicación y condena de un autor que seguía siendo noticia en la prensa. Además, por aquellos años en España estaban de moda los estudios sobre la lectura y en las universidades se empezaba a mirar con interés

² Vargas Vila declaró haberle entregado a la editorial Bouret la primera parte de sus memorias que dan cuenta de los primeros años de su vida y llegan hasta 1899, cuando se radica en Europa. Vargas Vila no dejó de lamentarse por la pérdida de estos manuscritos que no pudo recuperar y de ello deja constancia en su diario.

la llamada literatura por entregas. Vargas Vila era una rareza, aunque al alcance de cualquier investigador. Sus obras estaban en las librerías de viejo, en los mercadillos callejeros y en las bibliotecas.

Otro dato importante y que demuestra el vivo interés que despierta Vargas Vila, es que en 1981 la editorial La Oveja Negra en Colombia reeditó sus obras más conocidas. Con los años, la mirada sobre Vargas Vila cambiaba, pues no sólo era aclamado por algunos liberales nostálgicos, sino también por cierta izquierda latinoamericana que reivindicaba su antiimperialismo. Ejemplo de ello es que en Cuba Vargas Vila es respetado, ante todo, por ser amigo de Martí y por compartir con él su alegato contra el yanqui. Pero en otros sectores, en cambio, Vargas Vila era considerado un liberal contradictorio que se declaraba “anarquista” en el arte y acaba defendiendo, a la postre, los valores burgueses. Un hecho muy sonado ocurrió por entonces y fue el traslado de sus restos del cementerio de Barcelona a su ciudad natal, con lo que el panfletario volvía a acaparar espacio en los diarios. Estas circunstancias, sin duda, influyeron en la elección del tema de investigación. Respecto a la tesis, he de decir que, más allá de los clásicos “análisis” de una obra que el sistema académico propone para estos trabajos, me interesaba ahondar en el lector de su tiempo para, desde esa perspectiva, identificar los factores que determinaron el éxito de sus libros. Finalmente, en 1986, defendí la tesis “El sentido trágico de la vida en la obra de José María Vargas Vila” en la Universidad Complutense, pero al entregarla sentí que lo más importante se me había escapado, que nada sabía del personaje. Casualmente ese año Vargas Vila volvía a ser noticia, a raíz de una entrevista a Fidel Castro en el que se le preguntaba por la obra inédita de Vargas Vila hallada en Cuba. En dicha entrevista el comandante confirmaba la existencia de su diario, que suponíamos desaparecido en México. Solicité una beca de la Comisión de Cultura del V Centenario del Descubrimiento de América para consultar el diario y continuar de ese modo con mi investigación.

Tras dos visitas a la isla, entre 1986 y 1987, y con la ayuda de dos personajes decisivos en Cuba, don Enrique de la Osa y la periodista Nidia Saravia, además de las funcionarias de la Biblioteca José Martí, obtuve el permiso para consultar aquellos manuscritos en el archivo del Consejo de Estado donde estaban alojados. Las primeras notas tomadas de los documentos fueron publicadas como primicia en la revista *Margen* de Madrid y en la revista *Diners* de Colombia.

En la segunda visita al archivo propuse hacer una edición del diario, pero fue imposible. Sin embargo, en esta ocasión di un paso muy importante porque me presentaron a los descendientes de Ramón Palacio Viso, compañero de Vargas Vila y heredero de los derechos sobre su obra: su hija Georgina Palacio, su esposa Mercedes Gigou, quien se casara con Palacio Viso y asistiera a Vargas Vila en su lecho de enfermo y Jorge Gómez

de Mello, nieto de Mercedes.³ Este último guardaba una versión mecanografiada del diario que amablemente me dejó consultar, pasando por encima de algunos obstáculos, de modo que con una grabadora y tres cintas, empecé a leer en voz alta lo que me pareció más interesante. El resultado de esas grabaciones es el *Diario secreto* (1989), que se publicó en Colombia y que prologó el crítico literario Rafael Conte, en cierta forma cómplice de esa aventura.⁴

Lo que más me satisface de esta edición, que he de reconocer es bastante descuidada, es que viera la luz pese a los obstáculos. Lo importante para mí no fue el contenido del diario, sino la proeza de haber podido editar aquellos fragmentos que despertaron suspicacias varias, acaso por las expectativas y los intereses en torno a la figura de Vargas Vila. Por ejemplo, los manuscritos del diario encuadernados llevaban la firma de Raúl Salazar, quien según me dijeron se los había comprado a Georgina Palacio. También supe de llamadas misteriosas de alguien que decía tener los manuscritos, porque el rumor en torno al diario se extendió y surgieron muchas versiones. Como es natural, pregunté quién era aquel Raúl Salazar que había querido sacar el diario de Cuba, pero a quien el gobierno se lo había impedido confiscándole el material. No fue posible obtener información a ese respecto ni averiguar otras versiones para contrastar lo dicho por los cubanos que me atendieron en el archivo. Al fin y al cabo, mi objetivo era la investigación en torno a Vargas Vila y no en torno a Salazar, quien en el año 2000 hizo una edición del diario en España, con un prólogo en que contaba su versión de la historia: que él había sido encarcelado, acusado de retener los manuscritos de “un autor amigo de Martí” (17). ¿Se tortura en Cuba por Vargas Vila? Estas son preguntas dignas de añadir a la biografía del panfletario, que colaboró con la campaña de guerra que daría lugar a la independencia de la isla. Se dice que en 1895 Martí lo hizo partícipe de sus planes y, sin duda, Vargas Vila se hubiera dejado torturar por Cuba, antes que revelar los planes que le confiara el apóstol.

Lamentablemente la lectura del diario no aclaraba el misterio en torno a la figura de Vargas Vila, por lo que su lectura fue para mí una experiencia muy frustrante. En esas páginas el autor se refiere a sí mismo hasta la fatiga, pero en realidad, al final, no sabemos nada de su biografía que no se encuentre en sus libros. Nos describe con detalle sus enfermedades, nos indica que está solo, que pasa temporadas encerrado, sin comunicación con el mundo exterior. Manifiesta su desprecio hacia el público que lo lee, pero no deja de registrar las visitas que recibe, como un acontecimiento del

³ Al parecer, una editorial brasileña estuvo interesada en la edición del diario y se había trabajado en ello, pero la revuelta situación política de los años cincuenta, así como la muerte de Palacio Viso, habían abortado el proyecto.

⁴ Los derechos de autor caducan a los setenta y cinco años en Colombia, pero antes de esa fecha Beatriz de la Vega, sobrina nieta de Vargas Vila, recibió regalías por concepto de derechos de autor de los libros editados a mi cargo. A ese respecto, ignoro el estado de la ley en la actualidad en Colombia.

día, o del mes. El diario evidencia lo contrario de lo que nos dice. Emulaba a Maurice Barrès, profesando el *culte du moi* tan querido por los estetas modernistas, haciendo una propaganda de sí mismo que pone en evidencia sus heridas, que no oculta su resentimiento por el desprecio de la crítica y que nos revela el dolor por el destierro, la añoranza de una patria a la que sabe que no podrá regresar. Acaso sus novelas dicen más cuando nos revelan las truculentas patologías sexuales, estudiadas por el psicoanalista Mauro Torres en su *Psicoanálisis del escritor* (1969).

Tal vez, esa necesidad de desmontar al personaje persistió en mí, a pesar de que evitaba cualquier proyecto que tuviera relación con Vargas Vila. Más de un editor me propuso escribir una biografía, a lo que me negué. Por todo esto no creí posible que Vargas Vila llegara a convertirse en el tema de una novela mía. No sólo era el desgaste, sino mi frustración ante los resultados de un trabajo en el que había invertido un tiempo precioso, robado a mi propio proyecto de escritura. Haber aplazado novelas y cuentos en función de una tesis que consideraba requisito ineludible en mi formación profesional, era algo que me chocaba y cualquier cosa relacionada con Vargas Vila la vivía como una conspiración en contra de mi trabajo creador. Claro que alguna vez pensé en escribir una novela situada en esa maravillosa *belle époque* que tanto me entusiasmaba cuando preparaba mis clases sobre el Modernismo, pero la idea quedó atrás, incluso la deseché por temor a que se convirtiera en una novela histórica, un género que no me entusiasma.

Finalmente, Vargas Vila se me impuso en esa novela que evité durante tantos años y de la que, sin saberlo, fui parte. Todo gracias al escritor colombiano Julio Olaciregui, residente en París, que me invitó a participar en un dossier de la revista *Vericuetos*, dedicado a escritores colombianos residentes en París. El primer personaje que vino a mi mente fue Silva, pero Olaciregui me recordó que también estaba Vargas Vila, de modo que no tuve más remedio que asumir el compromiso de escribir un cuento en torno a él, situado en el París de finales del siglo XIX, en un momento para mí fascinante por los cambios que tenían lugar en todos los ámbitos del pensamiento, el arte, la ciencia, en el concepto de la vida, y en la mirada sobre la realidad. Pensé entonces que lo mejor para inspirarme era volver a leer su diario que, precisamente, se iniciaba en 1899 con la llegada del escritor a París, coincidiendo con la Exposición Universal que estaba próxima a inaugurarse.

En esta nueva lectura del diario lo vi como podría verme a mí misma como escritora, luchando día a día por el destino de la obra, desde su gestación hasta su travesía incierta. Descubrí a Vargas Vila todavía joven y lleno de proyectos, dispuesto a conquistar a los lectores con dos de sus obras más importantes: *Ibis* y *Ante los bárbaros*. Él buscaba con ello una satisfacción personal, una justificación de su existencia, pero permanecía en su refugio, agazapado, garrapateando sentencias en su diario, aferrado a los valores románticos, a su concepto de la libertad y la justicia, rindiendo culto a autores como Víctor Hugo (1802-1885), Leconte de Lisle (1818-1894), Ernest Renan (1823-1892),

Hippolyte Taine (1828-1893), abrumado por las demoledoras sentencias de Friedrich Nietzsche (1844-1900), cuyo influjo no podía evitar.

El diario era en realidad un viaje iniciático, más que de huida, de búsqueda. Llegaba a París, como muchos de su generación, respondiendo a la convocatoria que anunciaba exponer los logros de la cultura occidental. La ciudad culminaba sus obras urbanísticas y modernizaba la zona alrededor del recinto ferial inaugurando hoteles y ofreciendo a los viajeros el esplendor de su belleza. Llegaba antes que “su hijo” Ramón Palacio Viso, quien se había quedado en Nueva York, cerrando los asuntos económicos y preparando la edición de *Ibis* que el autor pagaría a un editor italiano. La verdad es que me resultó apasionante imaginarme al personaje en ese viaje. Me conmovió su condición de escritor exiliado, o transterrado, como yo; me recordó el valor que tiene el concepto de patria en la distancia, lo que te falta y temes ya no recuperar, lugar lejano y presente que hiere en la distancia, sobre todo, cuando las realidades políticas amenazan con llevarla a la ruina, ese dar vueltas alrededor de los mismos fantasmas: pobreza, desigualdad, violencia, monstruos que adoptan la forma y el nombre de los caudillos y que emergen en sus ficciones.

Vargas Vila acabó resumiendo una época y una estética vividas y procesadas desde la infancia, cuando nos arrullaron con los versos de Darío y Silva; el influjo de una poética que penetró hasta la médula la sentimentalidad popular, que atravesó de la misma manera el cancionero, la mirada sobre el paisaje, y la forma de amar, deslizándose por la sintaxis de la lengua, moldeando nuestro ser. Todo esto hizo posible la escritura de mi *La semilla de la ira* (2008), porque su composición y matices, en realidad, son como un juego que consistía en juntar trozos de textualidades, frases de Vargas Vila que continuaban, o que se cortaban para dar paso a un abanico de posibilidades, testimonios de la prensa, pedazos de invención, imitaciones, simulaciones, verdades inventadas, que se hicieron reales y se impusieron, como dictadas por otros, de modo que al finalizar la novela sentí que ya no me pertenecía. Allí veía no sólo a Vargas Vila, sino todo un continente estremecerse convulso, sin renunciar a ese sueño de belleza y verdad que al humanizarnos justifica nuestro paso por este mundo.

OBRAS CITADAS

- Gener, Pompeyo. "Figuras contemporáneas". *Cervantes* 1/2 (1916): 24-41.
- Machado, Manuel A. "Vargas Vila bajo relieve". *La demencia de Job*. Madrid: Librería de Antonio Rubiños, 1916.
- Mainer, José Carlos. *La edad de plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid: Cátedra, 1981.
- Mistral, Gabriela. *Recopilación de la obra mistraliana, 1902-1922*. Pedro Pablo Zegers B., comp. Santiago de Chile: Gobierno de Chile-Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, 2002.
- Salazar Pazos, Raúl. Presentación. *Diario (de 1899 a 1932). Y la increíble historia de unas memorias codiciadas*. José María Vargas Vila. Barcelona: Ediciones Altera, 2000. 7-25.
- Torres, Mauro. *Psicoanálisis del escritor*. México: Pax-México, 1969.
- Triviño Anzola, Consuelo. "El diario de José María Vargas Vila". *Margen* 3 (1987): 56-63.
- _____. "El diario secreto de José María Vargas Vila". *Diners* 24/217 (junio de 1988): 68-73.
- _____. "El sentido trágico de la vida en la obra de José María Vargas Vila". Tesis de doctorado. Universidad Complutense de Madrid, 1988.
- _____. *La semilla de la ira*. Bogotá: Planeta, 2008.
- Ugarte, Manuel. *La dramática intimidad de una generación*. Madrid: Imprenta Prensa Española, 1951.
- Vargas Vila, José María. *Diario secreto*. Consuelo Triviño Anzola, ed. Bogotá: Arango Editores-El Áncora Editores, 1989.

